

MARTIN CHIRINO, LA HISTORIA DE UN NIÑO QUE SOÑABA CON MOVER EL HORIZONTE

Cuando miro hacia atrás en el tiempo creo que mi historia es la de un niño solitario que emprende el camino y sigue hasta el final, por los difíciles y complejos caminos del arte. A pesar de mi edad y desde la atalaya del tiempo, me resulta fácil recordar con qué fascinación admiraba la magnitud de los cascos de hierro de los barcos varados en los astilleros del Puerto de la Luz, donde trabajaba mi padre. En este entorno nací y crecí para soñar caminos en los largos días de mi infancia. Aún recuerdo el mismo escenario donde contemplaba obsesivamente un boquete, lugar por donde el mar se metía y saltaba, sin poder evitar la atracción que sentía al contemplar la espuma de las olas escapándose y dibujando formas muy atractivas sobre la superficie.

Joven curioso, un tanto surreal, vivía en una permanente situación de ensueño a la que procuraba agarrarme para trascender las fronteras de la isla. Todavía me identifico con aquel niño tumbado en la arena de la playa mirando fijamente al horizonte, a la espera de que este se moviera. Hoy me doy cuenta de que la interpretación de toda mi obra tiene momentos reconocibles en la historia del hombre que soñó de niño que el horizonte podía desplazarse y que ya de mayor, octogenario, cree que casi ha conseguido hacer realidad este sueño.

Nada es gratuito. Suelen preguntarme por el punto de partida, por los orígenes de mi trabajo e, inevitablemente, tengo que trasladarme al escenario de mi infancia en Las Palmas en los años 30, en una pequeña ciudad en el medio del mar, donde una sociedad rural y su burguesía se esforzaban en la monotonía de lo cotidiano esperando la llegada de los buques al puerto; un mundo lento donde se percibía el sabor de un cierto bienestar que algunos asociaban a la influencia británica en las islas.

En este lugar viviendo a caballo entre culturas y añoranzas del mito se desarrolla el principio de mi obra, mirando y aprendiendo del entorno y a la vez soñando otros mundos.

Cuando me piden que reflexione sobre mis raíces, tengo que insistir una y otra vez en mis primeras visitas al Museo Canario, experiencia que me hizo reflexionar sobre Canarias, en la actitud del isleño y de nuestra psicología marcada por el cruce entre Europa y

Latinoamérica, destino de tantos familiares cercanos, camino de ida y vuelta que nos hace interpretar, ver y ocupar el mundo desde una perspectiva diferente.

De todo este cúmulo de cosas deviene mi vocación entre el amor y el rechazo, entre mis anhelos y frustraciones. Es justo que en este momento agradezca el alimento terrestre que me llegaba de los miembros de ‘Gaceta de Arte’, hombres que hablaban de Canarias y el universo. Después de la Guerra Civil, conocí a algunos de ellos en las islas, a Pedro García Cabrera, a Domingo Pérez Minik, o a Eduardo Westherdal, a quien recuerdo con especial gratitud. Me maravillaba que estos grandes intelectuales y artistas apasionados por el arte, hubieran propiciado el viaje del grupo surrealista de París a las islas, personalmente creo que fue un momento histórico para la cultura canaria.

Si tuviera que autorretratarme recurriría, sin duda, a la imagen de un ser errante, de un hombre que desde muy joven tiene la necesidad de marcharse y que se va primero a Londres y después a París con el asombro como principal equipaje, dispuesto a dejarse sorprender por los hechos y así acumular experiencias y saciar su apetito de conocimiento sin más ayuda que la de un cierto estoicismo que nunca me ha abandonado y que me ata a la tierra de la que procedo, tierra de naturaleza fuerte, resistente y un tanto precaria.

“Menos es más” será el *leit motiv* de toda mi vida, y si bien mi preocupación por Canarias, mi investigación por los orígenes fue real, también es cierto que está en mí la condición del artista, y la del hombre que se preocupa y lucha por lo contemporáneo de acuerdo con su tiempo.

Tal vez aquí deberíamos situarnos para contemplar la retrospectiva de mi quehacer artístico como escultor, trabajo que arranca con una composición en hierro de 1955, atrás ya mi primeras esculturas, las ‘Reinas Negras’, una serie de reflexión sobre la cercanía del continente africano. Los grandes maestros de la escuela de París miraban con los ojos muy abiertos al continente que consideraban de la esperanza y de lo nuevo; estas esculturas, las Reinas Negras, parten de la reflexión y del conocimiento del arte en boga en aquellos momentos. Este fue el principio, en la distancia, ahora intentaré analizar las circunstancias, las influencias, los momentos clave que han ido marcando mi trayectoria como escultor.

De nuevo vuelve a mi mente el mundo de los astilleros. Consciente de la destreza que tenía en las manos y convencido de que quería ser escultor del hierro, después de cursar estudios en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid empecé el aprendizaje del oficio de la forja.

En este período de formación estarán siempre presentes Julio González, además de Malevich y El Lissitzky, los constructivistas fueron para mí padres sagrados a los que veneraba como creadores e interpretes de lo nuevo en el arte; influencias importantes, como también lo fue, indudablemente, la experiencia de El Paso, grupo al que me incorporé en el año 1958, tras mi exposición “Los hierros de Martín Chirino” en el Ateneo de Madrid.

Todo era nuevo, las esculturas salían de mi primera forja, en Cuenca. En nuestro país ya se había instalado una especie de locura, o al menos así lo creía el mundo establecido, gente del régimen que observaban a los nuevos artistas con cierta preocupación, frente a otro sector social, que con deseos de ponerse al día nos alentaba.

Muchas veces me pregunto cómo en aquella época tan oscura y adversa fue posible que se hicieran exposiciones de arte contemporáneo rabioso, hechos insólitos donde la crítica de arte apenas existía y donde Picasso era considerado un maldito. Vivíamos en una coyuntura muy especial, momentos en que el arte contemporáneo conoce su mayor esplendor en París, arte que ya había sido absorbido por América, y que tenía necesariamente que penetrar en España y poner en marcha la revolución cultural característica de las últimas décadas del siglo XX.

La España de entonces era un país pobre, de escasez y chatarreros; en el Rastro madrileño solía adquirir material de derribo para mis trabajos, creando en libertad pese a las circunstancias, sin prejuicio alguno. Esculturas deudoras en realidad de la ilusión del sueño del movimiento del horizonte que arrancaba desde mi infancia.

Años sesenta, El Paso y su gestión nos pone en contacto con un grupo de artistas que trabajaban y creaban en la misma onda y que ponían en cuestión el arte de su tiempo, momentos en los que el diálogo y confrontación de ideas en el tránsito por los complicados y nuevos derroteros del arte contemporáneo nos animaba a desbrozar el camino y así reafirmar

la nueva realidad artística- como consecuencia escribí por entonces en la revista “Papeles de Son Armadans”：“No pretendo combatir nada, pero me urge con violencia irresistible definirme enfrente como algo distinto. No pretendo valorar, comparar posturas: busco por necesidad ineludible afirmarme”.

Fueron momentos difíciles para la creación, recuerdo que ya disuelto El grupo El Paso, en una exposición conjunta Saura-Chirino en la Galería Biosca, expuse una escultura que respondía a la serie de los Inquisidores, trabajo que sutilmente reflejaba mi preocupación por el momento que me tocó vivir, escultura que no fue bien acogida por los responsables de cultura del régimen, hasta el punto que la muestra tuvo que ser clausurada antes de tiempo por problemas de planificación.

Cercanas en el tiempo están mis “Herramientas poéticas e inútiles”, obras que giran en torno a la idea de la inutilidad de expresarse en aquel mundo dominado por el miedo, en el que todo lo nuevo era peligroso.

El Afrocán aparece en los años sesenta. Se construye la España de las Autonomías y se empezaba a hablar de las diferencias que nos identificaban. Sentí que pertenecer a un lugar era reafirmar mis raíces y recuperar mi historia. En estas obras la latitud del archipiélago me hace sentir la cercanía del arte africano. En esta escultura se adivina la imagen de las máscaras africanas, por las que sentía grana admiración y que con la espiral canaria como base, me adentra en una nueva escultura diferente y de no fácil interpretación.

Sin duda cada uno de mis momentos de creación escultórica tienen relación con la circunstancia que me ha tocado vivir, hallazgos y descubrimientos, que son tal vez revelaciones que orientan mi quehacer artístico. Así, la espiral apareció un día y se implantó con fuerza en toda mi obra y aún persiste como muestra de la coherencia de una trayectoria marcada de principio a fin por las raíces de mis orígenes. Todavía recuerdo el momento en que el hierro entre mis manos giraba y volvía a girar sobre sí mismo para dar origen a la espiral que ya estaba en mi mente como alegoría del viento. Por entonces en el proceso de mi trabajo ya había aceptado la racionalidad de la mitad del siglo, pero dándome cuenta que la

obra nunca debería perder la sobriedad y sencillez de mi origen, convencido de que la historia de arte no progresa linealmente, sino que mira hacia atrás para avanzar en otra dirección.

Y de las Espirales a los Aeróvoros. Surgieron cuando entendí la gran lección de Julio González: “dibujar en el espacio”, llevándome a crear obras ligeras de peso que parecen levitar. La espiral de hierro, material que se había vuelto muy denso en su trayectoria se abre para flotar en los Aeróvoros, como el horizonte distorsionado del sueño que siempre he perseguido.

De nuevo en la misma década decido vivir y trabajar en Estados Unidos, donde mi escultura fue adquiriendo complejidad; entrando en contacto con los nuevos discursos del arte de las últimas décadas del siglo XX. En este ejercicio de reavivar la memoria, avanzo hasta el año 1978, una fecha clave para la historia de nuestro país con la llegada de la democracia. Tengo que confesar que fue para mí el inicio de una nueva etapa en la que empecé a liberarme de la presión de los grupos, de la opinión de los otros, moviéndome y creando, en una especie de catarsis, consciente de decir lo que quería y decirlo con toda libertad

Me ilusiona haber vivido tanto como para poder relatar hasta qué punto fue importante para mí darme cuenta de que ya no estaba supeditado a nadie ni a ningún prejuicio teórico, experiencia que propicia un nuevo giro de mis esculturas hacia parámetros de mayor libertad.

Obras como ‘La Morateña’, que pertenece a la serie “Crónicas del siglo XX”, son una reflexión sobre el arte moderno y contemporáneo, sobre aquellos escultores que había sacralizado durante mi trayectoria, artistas como Julio González, Gargallo, Juan Gris o Brancusi, nombres que no se pueden obviar por la importancia de la belleza sublime de toda su obra. Me acerqué a todos ellos a través de mi trabajo queriendo desentrañar el conocimiento y el mensaje de su quehacer artístico.

“Menos es más”, sigue siendo mi máxima. ¡Si yo pudiera hacer que la materia desapareciera para poder definir aquello que quiero sin su recurso...!

Será mi constante obsesión ante este imposible, la realidad del hierro, material duro y hermoso, que además lleva consigo el alma de todos los herreros y forjadores del mito y

pensamiento. En este trabajo diario busco el instante de la utopía, en el que cada vez tenga menos importancia la materia y su ejecución para favorecer el logro del milagro del arte. Toda mi obra está recorrida por un hambre de belleza que me ha ido acercando cada vez más al universo del arte contemporáneo sin olvidar la memoria de mi origen.

Todas estas afirmaciones se reflejan en la pieza que cierra el discurso de mi obra hasta el momento en que escribo estas líneas, ‘Árbol de luz y de sombra’, un homenaje a mi amigo y poeta Manuel Padorno, quien me contó que un día cargado de hermosura había visto un árbol de luz. Escribió un poema muy bello sobre este árbol y de común acuerdo decidimos recrearlo en una escultura, con su luz, pero también con sus sombras.

Soy cada vez más consciente de que lo que ocurre hoy no volverá a suceder mañana de la misma manera, creyendo que todo lo que me acontece, tal vez, es lo mejor que puede suceder en el camino emprendido por aquel niño, absorto ante la fuerza del mar, tumbado y soñando que tal vez un día el horizonte se movería un poco.

Es para mí un gran honor este reconocimiento que me hace la Universidad de Gran Canarias, universidad para la que ya realicé la escultura del Pensador que hoy se identifica con nuestra universidad para recordarnos tiempos difíciles, por fortuna, hoy superados.

Mi mayor agradecimiento al Claustro Académico, a su Rector Don José Regidor García y al Decano de la Universidad de Informática Don Manuel González, por este honor que se me concede generosamente y del que seré eterno deudor.

MARTÍN CHIRINO